

I

*«Si quieres que te cambie la vida,
prueba a enamorarte».*

Alicia

Madrid, abril de 2056

Eva es una de esas personas que no aparecen por casualidad en tu vida. Cuando un ángel como ella te toca, ilumina tus días solo con una sonrisa. Todos conocemos a una persona así. Esa es, sí, esa en quien estás pensando ahora mismo. Tal vez la tienes cerca, tal vez la disfrutas a diario. O quizá no. Quizá hace ya algún tiempo que vuestros caminos se separaron pero, de algún modo, su magia sigue a tu lado. Y sabes que siempre lo estará. Sea como sea, esas personas consiguen que tu vida sea un poquito mejor. «Personas talismán», las llamo yo.

El hecho de que Eva sea así de especial la ayuda en el ejercicio de su profesión. Es médica, y su cariño supone un reconfortante abrazo en los momentos en los que sus pacientes más lo necesitan. Además, es mi vecina, la chica que lleva dos años viviendo a unos metros de mi techo y con la que he establecido una especie de acuerdo tácito por el que nos cuidamos mutuamente sin meternos demasiado en la vida de la otra. Podemos pasar semanas sin vernos; y otras, coincidir a diario con cualquier excusa. La

siento cerca. Y no me refiero a la distancia que separa su puerta de la mía.

Eva me recuerda bastante a mí, quizá por eso congeniamos tan bien desde el primer momento. No me malinterpretes, yo no soy una vieja senil de esas que se pasan el día molestando a sus vecinos o reclamando atención. Nada más lejos de la realidad. Tengo bastante marcha, como diría Eva o como dirían los nietos que nunca tuve. Si no hago más ruido es porque mis rodillas, las pobres, a veces ya no responden como me gustaría. Cosas de la edad, supongo.

Siempre he sido así, pero tengo que reconocer que también tuve suerte. Nací en un momento en el que la mujer ya podía gritar cuál es el lugar que merece en el mundo. Contar su verdad y ser escuchada. Soñar. Y decidir, sobre todo decidir el camino que desea seguir en la vida, más allá de las imposiciones sociales que tuvieron que soportar las generaciones anteriores.

Nací en plena movida madrileña. Corría el año 1983, el mismo en el que Loquillo sorprendió con *El ritmo del garaje* y las escuelas de diseño y moda irrumpieron en la capital. Fue precisamente Madrid la ciudad que algunas décadas más tarde se convertiría en mi hogar. Y es que, a pesar de que fueron las aguas que bañan la costa de San Sebastián las que me vieron nacer, encontré mi hogar definitivo muy lejos de allí. Es curiosa la vida: siempre nos conduce de vuelta al lugar al que pertenecemos. Y yo me siento más gata que norteña, más de bravas que de *pintxos*, más de Leiva que de La Oreja de Van Gogh. No se lo cuentes a mis paisanos, aunque a estas alturas, tal vez, a nadie le importe ya. A fin de cuentas, me he pasado más de la mitad de la vida en el centro de la península. Probablemente en Donostia no quede nadie que me recuerde. Ya no soy esa joven siempre risueña, de pelo castaño y complexión delgada. Mi expresión sigue siendo feliz, pero los años también han pasado

por mí. Ahora acumulo más canas de las que me gustaría y mi cuerpo es más redondeado.

Pero no me distraigas, que me haces pensar que desvarío. Como te decía, Eva es un ángel, no solo porque es mi vecina y me trata como si fuera su abuela, sino porque, además, es médica en el Hospital San Carlos. Y de las buenas. Lo sé porque fue ella quien me atendió cuando tuve mi última crisis. Compréndelo, soy fuerte, pero no inmortal. Tampoco pretendo serlo. Sé bien que, en cualquier momento, el más absurdo de los achaques me mandará al otro barrio. No me da miedo. A mi generación, a los que a nuestros felices treinta y tantos nos sorprendió una pandemia, ya no nos asusta cualquier cosa. Aprendimos a sobrevivir, a adaptarnos, que son los enemigos invisibles contra quienes libramos las batallas más difíciles, y que son, precisamente, las que más nos enseñan. Si queremos aprender, claro está.

Pienso en todo esto mientras arrastro los pies en dirección a la puerta principal de mi casa, donde hace apenas unos segundos han sonado dos golpes tímidos pero firmes. Reconozco su forma de llamar. Es una mezcla entre no querer molestar y buscar compañía. Ayer también vino y sé por qué ha vuelto. Es una chiquilla muy curiosa, como yo. Sonríe pensando en que seguro que se ha pasado la noche en vela dándole vueltas a esa historia de la que apenas le he dado un par de pinceladas, pero con la que le brillaban los ojos. No sé por qué le sorprendió tanto saber que su vecina, anciana y solitaria, también compartió un instante de su vida con alguien. ¿Quién no ha vivido una noche por la que merece la pena toda una vida?

Ayer, cuando bajó para recoger un paquete que un mensajero había dejado por la mañana en mi piso a su nombre, comencé a contarle una historia de cuando tenía más o menos su edad y vivía en la misma casa desde la que veo pasar los días. «El Barrio de las Letras nos ha unido», le dije, y en el fondo sé que a las dos

nos hace ilusión pensar que llevamos algo así como vidas paralelas. Mismo escenario, distinta época.

Somos totalmente diferentes, pero tenemos mucho en común. Nuestro espejo muestra un doble reflejo: ella ve en mí en lo que se convertirá algún día, mientras que yo observo en ella lo que fui, en un tiempo que ahora no parece tan lejano.

—¡Ya voy! —Trato de alzar mi voz para que mi querida vecina no se vaya antes de que me dé tiempo a llegar a la puerta.

Abro sin mirar, algo que sé que no debería hacer, y encuentro frente a mí a Eva con el rostro serio y el ceño fruncido. Lleva un moño despeinado que la hace más alta y más guapa.

—Alicia, te he dicho mil veces que preguntes antes de abrir. ¿Y si hubiese sido alguien con malas intenciones? Es un barrio tranquilo, pero no te puedes fiar de nadie. Ahí fuera hay mucho mal.

Sonrío. Entre nosotras no hay que guardar las formas. Le pedí hace tiempo que no me hablara de usted y yo, a cambio, puedo escupirle a la cara las verdades que los amigos de su edad no se atreven a decirle. Las dos ganamos.

—Tengo las rodillas gastadas, pero el oído funciona perfectamente. Sé reconocer el ruido que hacen tus nudillos en mi puerta.

Se le escapa una mueca que no me pasa desapercibida.

—Y no me pongas esa cara, que un día te va a dar un aire y te vas a quedar tonta. —La regaño al ver que vuelve a poner los ojos en blanco, un gesto que me pone más nerviosa que el té negro que me traje de su último viaje a la campiña inglesa.

Levanta las manos en señal de rendición y la invito a pasar, a la vez que le ofrezco una bebida caliente. Sé que está pensando que ya estamos en primavera, pero da por perdida la batalla y simplemente niega con la cabeza. Creo que los ancianos tenemos cierta debilidad por calentar el estómago de quienes queremos, y, aunque yo no me identifique con este grupo de edad, soy muy consciente de que, de vez en cuando, tengo algún ramalazo.

—Te propongo algo mejor. ¿Te apetecen unos churros? Bajamos a la plaza y te invito a una ración.

La miro tratando de imitar un gesto de desconfianza, aunque sé bien cuál será su respuesta.

—¿De verdad quieres pasar la tarde con un vejestorio como yo?

—Vamos, Alicia, sabes de sobra que siempre eres un buen plan. Tú no eres como la del primero. —Se lleva la mano a la sien, y hace un gesto con el dedo índice trazando círculos a la vez que silba. Se refiere a la señora Lola, una octogenaria que no es precisamente amable con los vecinos.

—¡No me compares con esa vieja! Vale, pero solo si me dejas que invite yo esta vez.

—Sabes que no.

Muevo la cabeza en señal de desaprobación, pero sé que es una batalla perdida. Apunto mentalmente preparar un plato de cuchara y subirle un par de táperes. Es otro de nuestros pactos tácitos: ella me invita a merendar de vez en cuando y yo, a cambio, le subo comida cuando me salen demasiados platos. Suele ser a propósito, pero es mi pequeño secreto. A Eva no le gusta cocinar y tampoco se le da bien, todo hay que decirlo.

Llegamos a la plaza de Matute en apenas siete minutos. Habrían sido tres si Eva hubiese ido caminando sola, pero conmigo todo va más despacio. No parece que mi lento caminar le moleste y yo tampoco trato de disculparme por ello. Nos sentamos en una terraza y pedimos una ración de churros para mí y una de porras para ella. Hasta en eso nos complementamos. Para beber, chocolate caliente. Sonríe y me cruza la rebeca, a pesar de que la tarde de primavera deja caer sobre la plaza unos rayos de sol muy agradables. Ella, en cambio, se sube las mangas de la camiseta y entorna los ojos, como si quisiera que su rostro absorbiera toda la vitamina D posible.

—Bueno, ¿has pensado en lo que te conté ayer? —Rompo el

hielo, a sabiendas de que es precisamente de lo que ella quiere hablar.

—Me encantaría conocer tu historia.

—¿Qué tal si, por una vez, hablamos de ti?

—¿De mí? —pregunta sorprendida. Parece que la he pillado desprevenida—. No tengo nada interesante en mi vida.

—Tal vez hasta ahora no; pero, ¿y si miras hacia lo que está por llegar? ¿Qué ves en tu futuro?

Me identifico tanto con esta chica que sé lo fácil que puede ser perder la esperanza y creer a pies juntillas que la vida no es ni la mitad de emocionante de lo que realmente es.

—Alicia, que tengo treinta y seis años, y si se hiciera una película de mi vida, no quedaría ni un espectador despierto. Ni siquiera aguantarían el tráiler. ¿Qué me va a cambiar la vida ya? ¿Otro ascenso? ¿Un nuevo destino? No sé, ¿irme a África a colaborar con una ONG? —Suelta una sonora carcajada y yo dejo durante unos segundos que disfrute de su ignorancia.

—Ay, querida. —Sonrío con calma, saboreando unas palabras que sé que van a impactar directamente en su corazón—. El amor es lo único que puede cambiarte la vida.